

Edward Malefakis, una conciencia de Andalucía

María Ruipérez

PARECE innecesario presentar a los lectores de *Tiempo de Historia* la figura del historiador Edward Malefakis. Sobradamente conocido por su magistral estudio sobre los problemas del campo español en nuestro siglo y las tentativas reformistas de la Segunda República (*Reforma Agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Ed. Ariel), en esta revista

ha quedado constancia, además, de algunos de sus trabajos posteriores en torno a la historia del socialismo español en el período republicano, o a la naturaleza y evolución del sistema franquista (*). Estos y otros estudios demuestran la pluralidad de intereses del profesor Malefakis, que no es sólo el máximo especialista en la evolución del campo español en el siglo XX, sino también uno de los es-

tudiosos más imaginativos, rigurosos y originales de la trayectoria general del país desde 1900 hasta nuestros días. Más todavía: siguiendo la enseñanza de los hispanistas más prestigiosos, Malefakis no ha limitado su estudio a los documentos de archivo, sino que lo ha completado con su presencia, como testigo apasionado, en los acontecimientos decisivos de nuestra historia inmediata (como lo demuestra su asistencia e intervención en el reciente movimiento masivo de los campesinos andaluces).

Al margen de su trayectoria investigadora, la personalidad de E. Malefakis ofrece otros alicientes que hacen más atractiva la conversación con él. Liberal en el sentido más no-

ble del término, su tolerancia, amplitud de horizontes y respeto a las opiniones de los demás no son un puro planteamiento ideológico, sino auténtica norma de conducta. Gran conversador, dotado a la vez de un rigor analítico envidiable y de una vitalidad y sentido del humor aún más envidiables, Edward Malefakis, se sometió amablemente a una larga entrevista sobre los diversos temas de su investigación, de la que hemos recogido en las siguientes páginas un amplio resumen.

(*) Sobre estos temas, puede verse la entrevista de J. Pascual, «Malefakis, historiador del Partido Socialista Español» (Tiempo de Historia, núm. 8, julio de 1975), y el resumen, redactado por A. Castilla, de su intervención en el Simposio celebrado en Massachusetts sobre el tema «España, del pasado al futuro» (T. de H., núm. 21, agosto 1976).



La posición del jornalero agrícola es casi siempre peor que la del trabajador industrial, porque el trabajo no es fijo, ni es continuo, sino que tiene que estar parado durante muchas épocas del año, y tiene que cambiar su trabajo trasladándose de una finca a otra. (Recolección de la remolacha en la provincia de Sevilla).

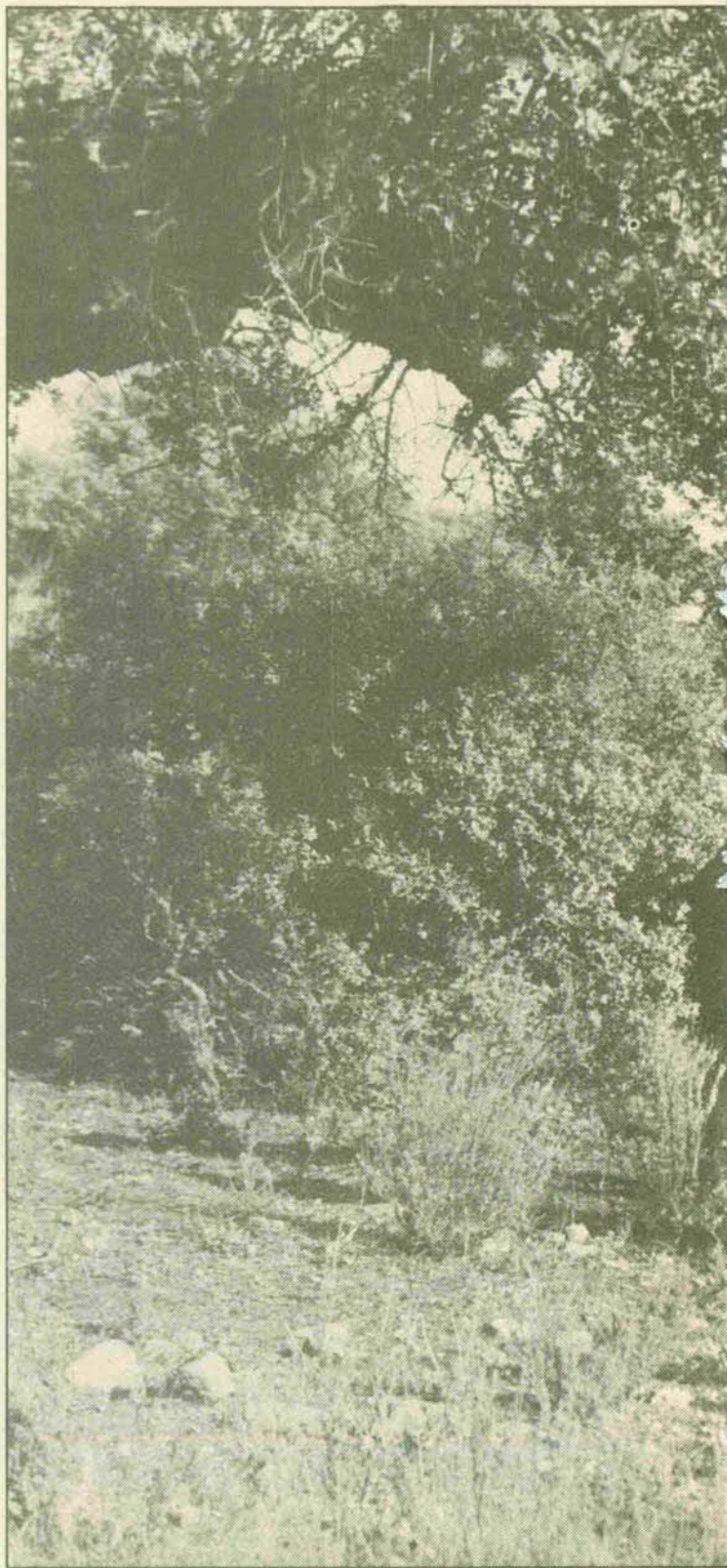


Marcelino Domingo, aunque fue un gran hombre y un gran político, no sabía nada de problemas agrícolas ni tenía la capacidad de enterarse de ellos (Marcelino Domingo, en la foto, fue ministro de Agricultura, Industria y Comercio en el primer Gabinete constitucional presidido por Azaña, en diciembre de 1931).

Tiempo de Historia: *En el primer tercio de nuestro siglo, los problemas del campo han tenido en España una importancia decisiva, como han reconocido todos los historiadores y, en especial, como ha puesto de manifiesto su investigación. ¿Cuáles fueron las causas de esta importancia?*

Edward Malefakis: Una de las causas de la importancia del problema campesino es que más de la mitad de la población trabajadora trabajaba en la agricultura, y que de esta mitad, una tercera parte vivía en un régimen donde la propiedad estaba monopolizada por unos cuantos señores, y la mayoría de la población agrícola eran jornaleros. La posición del jornalero agrícola es casi siempre peor que la del trabajador industrial, porque el trabajo no es fijo, ni es continuo, sino que tiene que estar parado durante muchas épocas del año, y tiene que cambiar su trabajo trasladándose de una finca a otra. No tiene relación estable con su lugar de trabajo. Además, al existir una enorme superpoblación, los terratenientes podían pagar sueldos del hambre. Yo calculo que el jornalero podía trabajar, con un

rendimiento máximo, 200 días al año, y que sus ingresos durante el año pocas veces pasaban de la mitad de lo que recibían los obreros industriales. Además del problema de los latifundios, existían también problemas agrarios en otras partes del país, por otras razones: por ejemplo, entre los jornaleros de Levante —sobre todo en Valencia y Alicante—. Pero allí, aunque las condiciones eran malas, no lo eran tanto como en Andalucía, Extremadura y La



La República en su planteamiento de la Reforma Agraria estaba influida por los éxitos de la llamada «revolución verde» del Este de Europa, que no fueron tan grandes como se creía. (Recogiendo bellotas en los campos de Córdoba).

Mancha, porque existía un número mayor de cosechas que daban empleo más continuo durante todo el año. También existía en muchas partes el problema de los arrendatarios con alquileres demasiado altos, porque también en estos casos la superpoblación del campo español permitía a los terratenientes cobrar lo que les daba la gana.

En Cataluña existía el problema especial de los **rabassaires**, y en Galicia, el problema aún

más particular de los foreros; pero el problema más importante era el de los obreros-jornaleros de Andalucía, Extremadura y La Mancha, como demuestra su actuación durante la República y la guerra civil. Estos jornaleros se encontraban en un estado de semiorganización y tenían bastante conciencia de clase, que habían desarrollado a finales del siglo XIX, bajo la influencia del movimiento anarquista. Durante la República, los socialis-



tas ganaron fuerza, y por primera vez tuvieron tanta o más influencia en el campo que los anarquistas. Al principio, los socialistas pudieron ejercer una influencia moderadora sobre los jornaleros, pero con el paso del tiempo y el desengaño que sintieron los campesinos, los socialistas no podían contener más su espíritu revolucionario. De ahí que continuaran sus luchas independientemente de los sindicatos a los que pertenecían.

CAMPESINOS Y OBREROS EN LA EUROPA MEDITERRANEA

T. de H.: *Según nos ha contado en algún momento, está haciendo una investigación comparativa sobre la situación del campesinado en la Europa mediterránea. ¿Se puede decir que la situación española era equiparable a la de los otros países de la zona, o hay diferencias y peculiaridades en el campo español?*

E. M.: Se puede hablar de muchas semejanzas en las economías agrarias de los países mediterráneos, porque en todos ellos coinciden mucho las condiciones climáticas, topográficas..., y hay bastantes similitudes respecto a la calidad de la tierra. El ciclo de las cosechas es

similar. Las agriculturas mediterráneas tienen ventajas respecto a algunas especies de plantas: olivo, vid, etc. En cuanto a terrenos en regadío, son parecidas. Pero también tienen desventajas: la imposibilidad de hacer crecer los cereales con el mismo rendimiento por hectárea que en los países lluviosos, o la imposibilidad de tener una ganadería comparable a la de otros países europeos (Holanda, Alemania...). Todos los países mediterráneos de Europa son parecidos también, y se pueden diferenciar de los del Norte de África, en que tienen, además del sector agrícola mediterráneo, otros semicontinentales. En España, Galicia o las Vascongadas; en Portugal, el Portugal Atlántico; en Italia, el valle del Po; en Grecia, Macedonia. Mientras en los países del Norte de África, además de las diferencias culturales, no existe una zona agrícola que no sea mediterránea.

T. de H.: *¿Y en cuanto a las cuestiones sociales?*

E. M.: Con respecto a los problemas sociales del campo, la situación es más complicada. Solamente en Italia ha existido un conflicto social agrario que se pueda comparar con el español. En Grecia, la lucha campesina se evitó, porque durante la guerra de Independencia griega se destruyeron las grandes propiedades turcas, y la tierra se repartió de una manera más o menos igualitaria. La situación se consolidó por la urgencia de repartir las tierras que ganaron los griegos después de 1912, a causa de la gran llegada de población griega desde Turquía, que hizo imposible que subsistieran los antiguos latifundios de Macedonia y Tracia. Por consiguiente, en Grecia no hubo nunca una lucha campesina. En Portugal, por razones que todavía no tengo completamente claras, aunque había más conflictos que en Grecia, solían ser del tipo de protesta social que caracterizó a las guerras carlistas en el siglo XIX, y no una lucha contra la gran propiedad en sí misma. Aquí, aunque se parece a España en que la parte Norte está dominada por el minifundio, y la parte Sur por el latifundio, no se desarrolla una correspondencia social completa. Los campesinos del Norte se parecían a los de Navarra, Castilla la Vieja y las Vascongadas; eran muy católicos y conservadores. Pero, el campesinado del Sur nunca llegó a ser revolucionario. Una posible explicación puede ser que el peso demográfico de los jornaleros del sur de Portugal fue bastante menor que el de las zonas revolucionarias de España. En España, la tercera parte del total del campesinado se encontraba dentro de las zonas conflictivas. En Portugal, oscilaba alrededor de la sexta parte de la población.



Los católicos que después se organizaron en la CEDA fueron, en su mayoría, opuestos a una Reforma Agraria importante, aunque existía un ala izquierda de la CEDA, dirigida por Giménez Fernández, que quería una reforma agraria moderada en favor de los pequeños arrendatarios y pequeños propietarios. (Manuel Giménez Fernández, ministro de Agricultura en el cuarto Gobierno de Lerroux, a finales de 1934).



Se puede decir que la República implantó la Reforma Agraria desde una perspectiva que podíamos llamar liberal-optimista-social.

T. de H.: *¿Y en Italia?*

E. M.: En Italia, nos encontramos con la situación más parecida a la de España. Existían pequeños conflictos por todas partes del país, como en España, y por lo menos en tres zonas el conflicto fue continuo e importante: una, en el valle del Po, muy regada, de gran riqueza agrícola y con muchos jornaleros; otra, la isla de Sicilia, donde existía una agricultura extensiva de latifundios, algo parecida a la de Extremadura; y una tercera zona era Apulia, en el tacón alto de la bota italiana. Las luchas campesinas comenzaron más o menos en el mismo período que en España, y llegaron a tener gran importancia, aunque no tanto como en España.

Pero hay que señalar también las particularidades social-agrarias del caso español. En España existía una mayor conflictividad. Hubo una actuación más independiente respecto al proletariado industrial del campesinado en España que en Italia. En segundo lugar, el arraigo que tuvo el anarquismo en España fue *mayor que en Italia*, y existía una espontaneidad conflictiva mayor. Las diferencias se pueden ilustrar con una anécdota que recoge

Hobsbawn en **Rebeldes Primitivos**, cuando habla de un pueblo de Romagna donde unos exaltados intentaron levantar al pueblo para hacer una insurrección local. Sus habitantes se negaron diciendo: «Hoy podemos triunfar, pero mañana vendrán las fuerzas armadas y nos vencerán, porque no estamos solos en el mundo». En España se olvidaban con más frecuencia de que existía este mundo exterior que podía aplastar sus intentos revolucionarios. Pero no debemos exagerar las diferencias, porque también había tendencias de convergencia en la actuación de los campesinos de los dos países.

T. de H.: *A propósito de esta comparación con Italia, en un trabajo reciente ha elaborado un modelo general de análisis de la historia del movimiento obrero español, en el que también recalca sus semejanzas con el caso italiano. ¿Podría explicarnos brevemente qué rasgos caracterizan a dicho modelo, y en qué se basan esas semejanzas?*

E. M.: Es imposible entrar aquí en el fondo de esta cuestión porque es muy complicada, y además la persona que quiera enterarse de lo que pienso puede consultar el artículo mismo,

que está publicado en la obra colectiva **Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)**. En resumen, podemos decir que lo que intentaba era distinguir entre tres grandes tipos de movimientos obreros en Europa. Por un lado, los de la Europa occidental, incluyendo a Alemania que, a pesar de la retórica que empleaban sus líderes, dejaron de ser verdaderamente revolucionarios desde comienzos de la segunda mitad del siglo XIX y se integraron cada vez más en la sociedad a que pertenecían, como lo demuestra la casi absoluta fidelidad que manifiestan los obreros de estos movimientos en tiempos de gran crisis, como la primera guerra mundial. En estos países, el anarquismo nunca tuvo arraigo importante, el sindicalismo fue más radical en su retórica que en su práctica, y hubo muy poca participación de los sectores agrarios. El otro extremo se produjo en el Este de Europa, donde los movimientos organizados de la clase obrera o no llegaron a tener una existencia continua, o fueron claramente revolucionarios, como en Rusia, con una tendencia a aumentar sus inclinaciones revolucionarias con el paso del tiempo, en vez de disminuirlas. El papel del campesinado allí fue contradictorio. Generalmente, no pudieron afiliarse a las organizaciones obreras de forma constante, pero a veces, como en 1907 en Rumanía o en 1917 en Rusia, estallaron con un gran empuje revolucionario que fue mucho mayor de lo que podían organizar los relativamente escasos obreros industriales. Cuando esta explosión campesina quedaba aislada, el intento revolucionario pudo ser aplastado, como en Rumanía. Pero si coincidía con otros factores favorables —revolución urbana y división entre las clases establecidas, como en Rusia— no había ninguna fuerza que pudiera pararla.

Me parece que España e Italia ocupan un espacio intermedio entre estos dos tipos extremos. Sus movimientos obreros fueron semi-revolucionarios, pero no alcanzaron una fuerza tan consistente y marcada como en Rusia. Existía un reformismo obrero, como en la Europa occidental, pero tampoco llegó a predominar. Los campesinos tenían una relación constante, aunque vacilante, con las organizaciones obreras. El anarquismo y el sindicalismo tuvieron más arraigo en ellas que en cualquier otro país europeo, etcétera. Pero, como digo, es una cuestión sutil y complicada, y es mejor que el lector se dirija al artículo mismo si le interesa mi interpretación.

LA REFORMA AGRARIA REPUBLICANA

T. de H.: *Pasando ya al problema campesino en*

la Segunda República, ¿desde qué perspectivas ideológicas se planteó la Reforma Agraria? ¿Cuáles eran las diferencias en torno a este tema entre los distintos partidos de izquierdas?

E. M.: Se puede decir que la República implantó la Reforma Agraria desde una perspectiva que podíamos llamar liberal-optimista-social, o algo así. Es decir, la República creía que podía implantar por medios liberales, por medios democráticos y legales, una Reforma Agraria profunda que resolviera los planteamientos sociales del campo español. Esto me parece un planteamiento muy optimista, en el sentido que las grandes Reformas Agrarias de la historia han ocurrido en momentos de graves crisis, sobre todo guerras; y aunque la crisis que estaba atravesando España era grave, no fue del nivel de las crisis catastróficas que establecían generalmente las bases para la Reforma Agraria. La República en su planteamiento estaba influida por los éxitos de la llamada «revolución verde» del Este de Europa, que no fueron tan grandes como se creía; pero los republicanos no eran lo suficientemente conscientes para darse cuenta de ello. Creo que también existía un optimismo y una inocencia acerca de los problemas prácticos en todos los aspectos de la actuación republicana. Para hablar de partidos específicos, comenzando por la derecha y yendo hacia la izquierda, los de la derecha monárquica y carlista estaban en contra del nuevo régimen agrario. Los católicos que después se organizaron en la CEDA fueron, en su mayoría, opuestos a una Reforma Agraria importante, aunque existía un ala izquierda de la CEDA, dirigida por Giménez Fernández, que quería una reforma agraria moderada en favor de los pequeños arrendatarios y pequeños propietarios. El partido de centro de la República, los radicales de Lerroux, querían también una Reforma muy moderada, y nunca estuvieron entusiasmados con la idea de una Reforma profunda. Los republicanos de izquierda comenzaron creyendo en el ideal de una Reforma Agraria profunda, pero su idealismo se va enfriando una vez que empezaron a surgir los problemas que están relacionados con cualquier cambio importante de la sociedad y de la economía, y una vez que las contradicciones entre ellos y los problemas obreros empezaron a manifestarse. Los socialistas comenzaron muy optimistas ante la posibilidad de una Reforma Agraria liberal y social, y tardaron algo en sentirse desengañados; pero una vez que entendieron que no se podía actuar de una manera eficaz por estas vías, fueron cambiando de opinión y apoyando una Reforma Agraria más bien revolucionaria, llevada a

cabo por medios dictatoriales y radicales. En cuanto a los partidos situados más a la izquierda, los anarquistas nunca creyeron, ni al principio ni después, en la posibilidad de una Reforma Agraria democrático-burguesa, sino que abogaron desde el primer momento por una revolución agraria. Los comunistas, al principio, tenían más o menos la misma postura que los anarquistas; pero hacia los años 1935 y 1936, con la formación del Frente Popular, se convirtieron un poco más a la idea de una Reforma Agraria basada en la acción le-



Una contradicción fundamental de la República fue que intentó cambiar solamente este sector social (Los Proletarios), sin darse cuenta de que tenían que cambiar a la vez otros sectores sociales. Por ejemplo, la Reforma Agraria tenía que ir acompañada de una reforma fiscal, cosa que no se hizo. (Indalecio Prieto, ministro de Hacienda en el Gobierno Provisional del 14 de abril de 1931).

gislativa, y como sabe, durante la guerra civil estaban entre los que se opusieron con más fuerza a la Reforma Agraria que se llevó a cabo de forma espontánea durante los primeros meses que siguieron al levantamiento militar.

T. de H.: ¿A qué se debió el retraso en la promulgación y puesta en práctica de la ley?

E. M.: Se debió a la falta de entusiasmo de los republicanos de izquierda que, como ya le he dicho, iban enfriándose en su actitud hacia la

Reforma Agraria. Se debió también al hecho de que el Partido Radical, pese a haber votado la ley, estaba en contra de la ley de Reforma Agraria que salió de las Cortes. Y también a la capacidad parlamentaria, que tenemos que definir como brillante, del reducido grupo de diputados de derecha del Parlamento. Además, se debió a la incompetencia de Marcelino Domingo, que aunque fue un gran hombre y un gran político, que hizo mucho para crear el clima en que se pudo establecer la República, y fue también un gran ministro de Educación, no sabía nada de problemas agrícolas ni tenía la capacidad de enterarse de ellos, como hizo Prieto con los problemas del Ministerio de Hacienda o de Obras Públicas. Por último, se debió a que los socialistas fueron demasiado reformistas durante bastante tiempo, es decir, no utilizaron de forma suficiente, junto a las tácticas parlamentarias, la presión de las masas hasta que fue demasiado tarde para cambiar el rumbo que habían tomado los acontecimientos.

De todas formas, es difícil resumir todos los factores que he señalado en mi libro, y que vuelvo a examinar en dos artículos que se publicarán en **Agricultura y Sociedad** en otoño, uno dedicado a la Reforma Agraria en la Segunda República y otro, más amplio, a la estructura de la propiedad en España, y a lo que pasó en el campo durante la guerra civil. Pero quería señalar, para acabar con estas cuestiones, que una contradicción fundamental de la República fue que intentó cambiar solamente este sector de la sociedad, sin darse cuenta de que tenían que cambiar a la vez otros sectores sociales. Por ejemplo, la Reforma Agraria tenía que ir acompañada de una reforma fiscal, cosa que no se hizo.

T. de H.: *Abusando de su paciencia, quería hacerle una última pregunta sobre el mismo tema. En algunos trabajos recientes, se ha acusado de que la implantación de la Reforma Agraria estaba equivocada técnica y económicamente. ¿Cuál es su opinión al respecto?*

E. M.: Me parece que muchas críticas que se han hecho pueden ser técnicamente correctas, y, en general yo apoyo que se hagan investigaciones técnicas con la mayor objetividad y con la menor dependencia posible de posiciones ideológicas previas, porque se necesitan en España investigaciones serias, objetivas y técnicas. Pero, al mismo tiempo, me parece que estas críticas adolecen de dos defectos. Primero, que no sugieren alternativas de lo que se podía haber hecho durante la República, o en otras épocas de la historia de España. En segundo lugar, son críticas demasiado técnicas. Toda crítica técnica, aunque tiene que

La posición carismática que tenía (Franco), no fue resultado de su personalidad, sino de su posición como jefe de las tropas que triunfaron en la guerra civil. No fue ni buen orador ni, por supuesto, tuvo esa enorme capacidad sexual que se le otorgaba a Mussolini. (Franco y Mussolini en los jardines de Villa Margherita, en la Riviera Italiana, durante el mes de febrero de 1941).

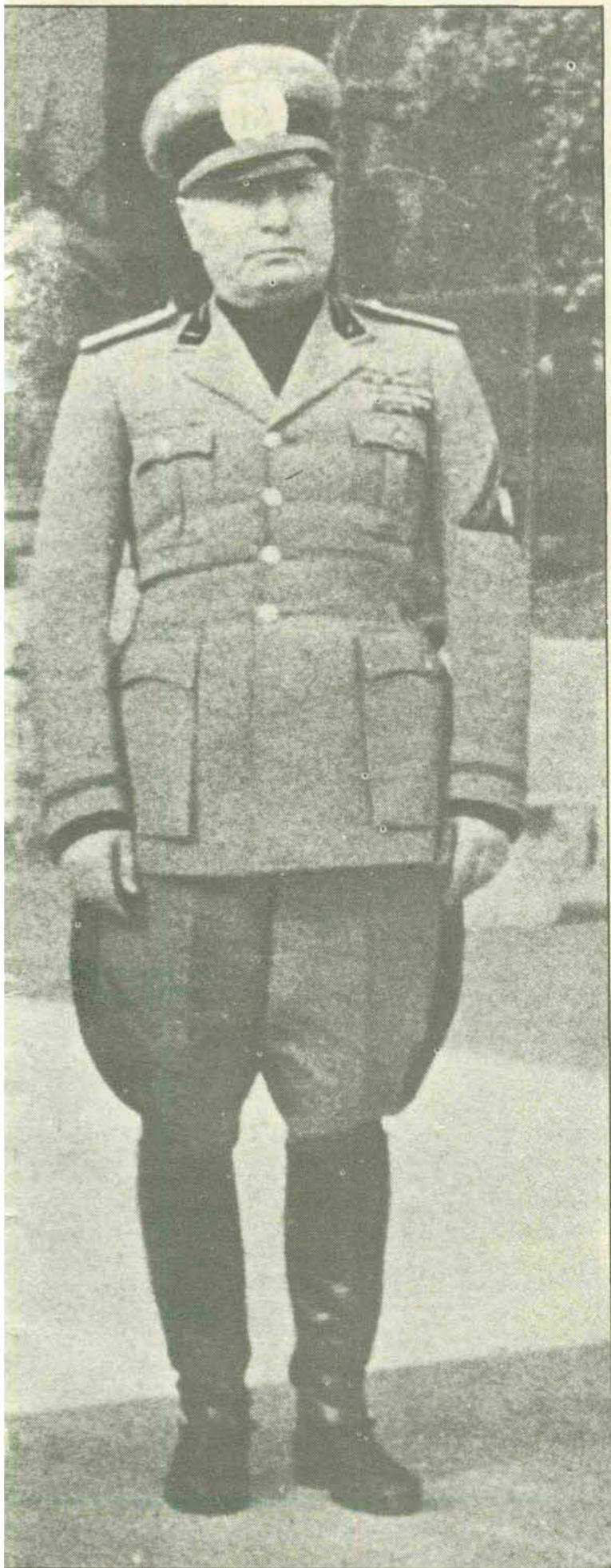
lijarse primordialmente en lo técnico, tiene que acordarse también de que existen seres humanos en los que influye la técnica. Es decir, no se puede pensar que los seres humanos son como piezas de una máquina o algo así, que van a seguir callados mientras los efectos técnicos y económicos, que generalmente necesitan bastante tiempo para llevarse a cabo, consiguen mejorar su situación, sino que son seres humanos que van a protestar, que van a manifestarse, que van a luchar contra las injusticias sociales que caracterizan su vida. Y así, mezclado con lo técnico, tiene que existir lo humano. El estudio económico es una ciencia fría y abstracta, y en última instancia falsa, si no tiene en cuenta el conjunto de la sociedad.

EL FRANQUISMO Y LOS PROBLEMAS CAMPESINOS

T. de H.: *Me gustaría que pasáramos ahora a examinar, aunque sea de forma rápida, los problemas de la época franquista, a la que también ha dedicado algún trabajo reciente. En primer lugar, sabemos que ha tomado una clara postura en la polémica sobre la naturaleza del franquismo, rechazando la definición frecuente del régimen de Franco como «fascista». ¿Cuáles son los fundamentos de su crítica a esta concepción?*

E. M.: A mi juicio, la palabra «fascista» se puede utilizar de dos modos. Uno, muy general, en el que equivale a la palabra «diablo» como la utilizan los cristianos beatos: es decir, todo lo malo se puede considerar fascista, como los cristianos consideraban todo lo malo como obra del diablo. Pero éste me parece un uso demasiado general, que nos dice muy poco porque hace muy pocas distinciones. Un uso más específico y más científico de la palabra se refiere a regímenes que llegan y se conservan en el poder no simplemente por la fuerza, sino también porque pueden crear una falsa ideología y utilizar hábilmente los muchos medios de propaganda que existen en el mundo entero para convencer a una gran parte de la población de que están actuando en favor suyo, en favor de la nación. Las características del fascismo incluían: primero, un líder carismático que tenía gran capacidad como orador, o incluso con gran capacidad sexual, para no olvidar una de las cosas en las que más se fundaba la popularidad de Mussolini; segundo, un partido político de masas.





muy bien organizado, muy activo que pudo a su vez organizar a la gente y estar en contacto diario con ella, y que, por lo menos teóricamente, se consideraba como la base fundamental del régimen, cuya importancia sólo es inferior a la del mismo líder; tercero, una política muy nacionalista, que glorificaba la guerra y pregonaba fanáticamente la expansión imperialista del pueblo; y cuarto, una tendencia a considerarse como algo nuevo en la historia de la humanidad, con capacidad para crear un tipo nuevo de hombre y de sociedad, con una tendencia a despreciar organismos tradicionales, como el ejército y la Iglesia. El régimen de Franco no tuvo ninguna de estas características. Franco mismo fue temido o respetado, pero nunca amado. La posición carismática que tenía no fue resultado de su personalidad, sino de su posición como jefe de las fuerzas que triunfaron en la guerra civil. No fue ni buen orador, ni por supuesto tuvo esa enorme capacidad sexual de la que hablaba antes refiriéndome a Mussolini. La Falange tuvo alguna importancia al comienzo del régimen pero pronto la perdió, y en ningún momento se puede comparar con el Partido Fascista en Italia, ni mucho menos con el Partido Nazi, que llegó a tener sus propios ejércitos paralelos a los del Estado. Una política nacionalista y expansionista también tuvo importancia al principio, cuando parecía que el Nuevo Orden de Hitler iba a triunfar en Europa, pero nunca llegó a ser una cosa desmesurada. Franco fue el único dictador que no entró en la guerra al lado de los nazis, en parte por la situación geográfica de España y otras razones, pero también porque fue un hombre demasiado cauto para permitir que le sedujesen fantasmas de un nuevo imperio español. Y en la fase final de su régimen, España fue un país que, con menos trauma o conflicto que cualquier otro, se retiró de sus colonias. En cuanto a la creación del nuevo ser humano y de una nueva sociedad gloriosa, Franco no fue suficientemente imaginativo para soñar en cosas quijotescas de este tipo. El quiso conservar la sociedad tradicional, no en una forma tan rígida como Salazar, pero sí en sus aspectos fundamentales. En cuanto al ejército, éste siempre fue mimado, y nunca tuvo que preocuparse por el peligro de ser sustituido por la Falange. La Iglesia también fue mimada, incluso después de que empezó a actuar, por lo menos en parte, contra él.

Por estas razones, y muchas más en las que no podemos entrar aquí, el franquismo no cabe dentro de la definición de fascismo cuando utilizamos este término en su sentido específico y científico. Lo máximo que se puede decir



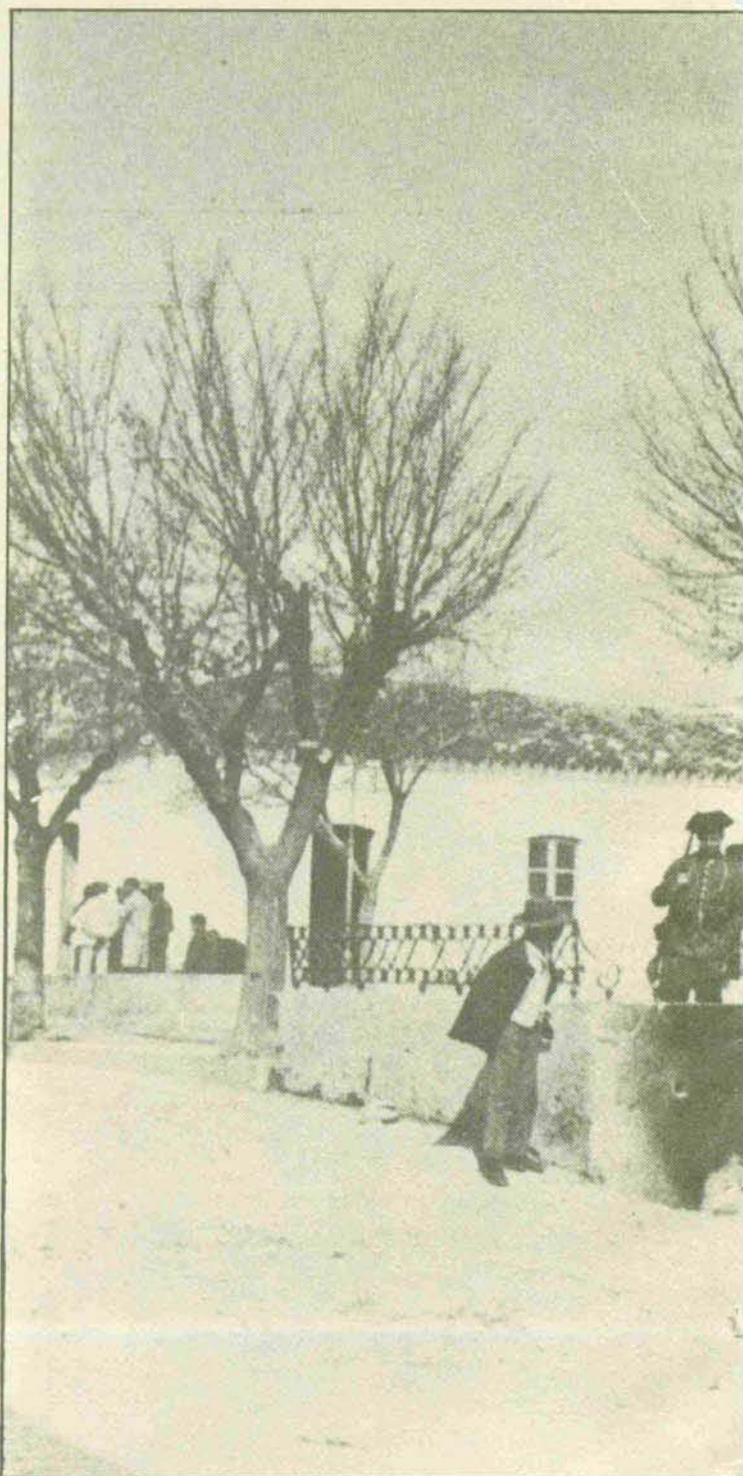
Durante el franquismo, se dejó en completa libertad a los propietarios para pagar a los jornaleros los salarios que quisieran. Nunca se ha hecho un estudio en profundidad de esta cuestión. (Zafra en la «Costa del Sol»).

es que existían también fascistas dentro del régimen al principio, que probablemente se habrían podido extender si el Eje hubiera ganado la segunda guerra mundial. Pero, si hubiera ocurrido esto, el fascismo se habría implantado en todas partes, incluso en países con menores tendencias previas hacia él.

T. de H.: Si nos centramos de nuevo en los problemas de la agricultura, ¿qué supuso en el campo, y sobre todo en el campo andaluz, la victoria del franquismo?

E. M.: Durante los primeros años, para los jornaleros del campo supuso un empeoramiento muy grave de sus condiciones de vida. Creo que se puede decir que los jornaleros no habían vivido en condiciones tan malas en la historia moderna española, porque se rompió la fuerza de los sindicatos campesinos, que habían sido sus únicos defensores cuando se enfrentaban con los terratenientes. Durante el franquismo, se dejó en completa libertad a los propietarios para pagar a los jornaleros los salarios que quisieran. Nunca se ha hecho un estudio en profundidad de esta cuestión, pero cuando se realice, creo que se podrían encontrar fácilmente cifras que indiquen esto, al

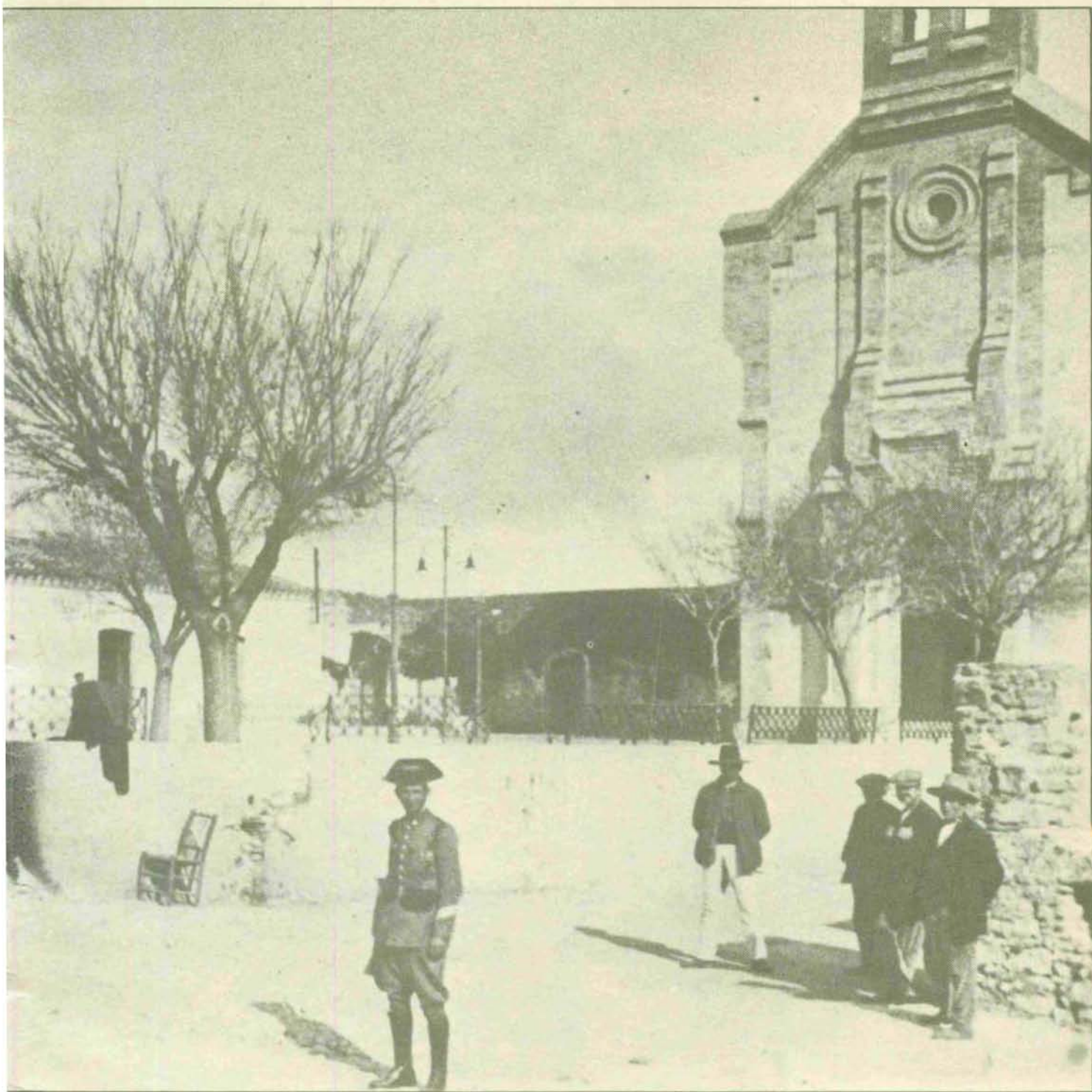
menos de manera indirecta. Para los jornaleros, el franquismo fue un período fatal, porque el gobierno estaba en su contra, y dejaba a los propietarios hacer lo que querían. Con respecto a los pequeños arrendatarios y aparceros, y los pequeños propietarios, la situación es algo distinta, porque el régimen de Franco adoptó algunas ideas de la Reforma Agraria católica de Giménez Fernández, en el sentido de favorecer a esta clase de agricultores. En mi opinión, los dos hechos fundamentales que se produjeron durante la primera parte del régimen de Franco, son: primero, que se estableció la categoría de arrendatarios protegidos,



Siempre es posible que en algún sitio ocurra algún nuevo Casas Viejas, que puede tener graves consecuencias para el proceso de democratización en España. (Plaza e Iglesia de Casas Viejas, fotografía de la época).

en los cuales no se podía expulsar de la finca a un arrendatario, y se controlaba también el alquiler que podía cobrar el propietario de la tierra, relacionándolo con el precio del trigo para que no pudieran defraudar los propietarios a los arrendatarios. Este hecho fue muy importante porque en todas las zonas de España, incluso en el Sur, existía un gran número de pequeños arrendatarios. La segunda medida fundamental fue la intervención del Estado para fijar el precio en el mercado de la cosecha más importante de España, es decir el trigo, con el fin de garantizar precios estables para el trigo. Esto benefició tanto a los peque-

ños propietarios como a los aparceros, que guardaban una parte de la cosecha, y a los arrendatarios que vendían también su cosecha. Es decir, a todos los pequeños empresarios del campo. Se puede decir que todos ellos se beneficiaron de la situación de hambre que existía en España durante la década de los cuarenta, y del mercado negro que apareció como consecuencia, aunque fueron los grandes propietarios los que se beneficiaron más ampliamente al lado de toda persona que vendiera su producto. En resumen, tenemos una situación contradictoria, en la que los jornaleros lo pasan fatal, mientras para los pequeños





Nunca existió un plan de ocupar una finca más que en sentido simbólico. Incluso nadie pensaba intentar esta ocupación simbólica, si para hacerlo tenía que chocar con la Guardia Civil. (Febrero de 1978, provincia de Sevilla).

propietarios o arrendatarios la situación no es tan mala.

T. de H.: *¿Hay variaciones importantes en la situación campesina, y en la política franquista, en las décadas siguientes?*

E. M.: En épocas posteriores del régimen de Franco, la situación de los jornaleros empieza a cambiar a finales de los años 50, y hay un gran cambio en los años 60 y a principios del 70, pero no tanto por las medidas tomadas directamente por el régimen franquista, sino porque con el gran boom económico mundial y español aparecieron otros puestos de trabajo, sobre todo en España, pero también en el extranjero, a los que iban los jornaleros, dejando en los campos a un número mucho más reducido, a los que tenían que pagar más los propietarios para conseguir mano de obra. Como acción directa del régimen franquista en ayuda de los campesinos está, en primer lugar, la extensión de esta política de protección de precios que ahora incluye a 19 productos agrícolas importantes, no solamente al trigo; y en segundo lugar, la política de colonización, que pese a no haber sido llevada a cabo de la mejor manera, sobre todo en sus aspectos sociales (porque a los grandes propietarios de antes les han permitido guardar mucha más tierra de lo que se debía en las grandes zonas regables), a largo plazo ha tenido resultados favorables, en el sentido de que ha permitido una extensión de las zonas de regadío, con implicaciones muy claras para la producción agrícola nacional, y también para el empleo, porque la agricultura de regadío da mucho más empleo que la de secano. Con respecto a este tema, quiero añadir que la colonización de Franco estaba basada en planes presentados durante la República, en especial por Prieto y Lorenzo Pardo. En tercer lugar, y como medida que ya es original de Franco, y que probablemente ha tenido más éxito en España que en cualquier otro país de Europa, y posiblemente del mundo, se encuentra la concentración parcelaria, que utilizando métodos indirectos, utilizando muy pocos fondos del Gobierno, en contraste con la política de colonización, ha conseguido resultados muy importantes, unos 5 ó 6 millones de hectáreas convertidas en unidades de cultivo más racionales de las que existían antes, y permitiendo, por consiguiente, al pequeño agricultor, hacer frente a los nuevos avances tecnológicos y al mercado más sofisticado que existe en la ac-

tualidad. Creo, por ello, que hay que distinguir varios períodos, y fijarse en varios aspectos específicos de la política de Franco.

T. de H.: *Pero no está de acuerdo con la política realizada por Franco en el campo. ¿Puede especificar más en qué cuestiones parece criticable?*

E. M.: Para que no haya dudas, me parece que la política de Franco en relación con los jornaleros fue, y ha continuado siendo, de lo más terrible posible; que su política en relación con los pequeños propietarios es algo más complicada. Y que la política —vamos a decir— técnica, de concentración parcelaria y de colonización, de compras de maquinaria, de subvenciones de varias clases, ha tenido efectos mixtos pero, en general, es relativamente buena.

LAS OCUPACIONES DE TIERRAS

T. de H.: *Tras los cuarenta años de franquismo, ¿cree que los problemas sociales del campo siguen teniendo la misma agudeza que en el período republicano?*

E. M.: No cabe ninguna duda que no tienen ya la misma agudeza. Todo ha cambiado. La proporción de la población que trabaja en el campo es actualmente la quinta parte, y no la mitad de la población activa. Existen, por consiguiente, otras posibilidades de trabajo en una industria mucho más desarrollada, o en los servicios, muchísimo más desarrollados que antes. El nivel cultural de los campesinos ha cambiado mucho, sus expectativas han variado radicalmente, y los métodos del trabajo agrícola se han revolucionado por la mecanización del campo, sobre todo durante los últimos veinte años. Es decir, el campo no tiene la misma importancia relativa que tenía antes, y dentro del campo la situación ha cambiado mucho. Pero una vez dicho esto, tenemos que tener en cuenta que el campo sigue siendo muy importante en España, y que existen todavía problemas muy agudos en él —sobre todo en las zonas donde existían desde principios del siglo XIX, es decir en Andalucía y Extremadura— y que estos problemas tienen que resolverse. Pero ya no se trata, en mi opinión, de hacer una Reforma Agraria general como en tiempos de la República, sino que se trataría de hacer diversas reformas agrarias de varios tipos, parciales y locales, para mejorar las condiciones de vida de las numerosas personas —casi un millón todavía de jornaleros agrícolas— que siguen trabajando en el campo. No se puede olvidar que existen más de dos millones de agricultores en total. Hace falta que este sector de la población y de la

economía no siga estando marginado y abandonado por la política, porque si ocurre así, no van a tardar mucho en comenzar a protestar, y no vamos a tardar mucho en tener otra vez, si no situaciones exactamente iguales a las que existían durante la República, por lo menos algo parecido. Y, sobre todo, siempre es posible que en algún sitio ocurra algún nuevo Casas Viejas, que puede tener graves consecuencias para el proceso político de democratización en España.

T. de H.: *Para terminar, sabemos que ha estado recientemente, como testigo de excepción, en los intentos de ocupaciones de tierras en Andalucía a finales del mes de febrero. ¿Cuál es su impresión sobre la importancia de estas tentativas? Y más en concreto, ¿qué dijo en el pueblo de Bornos a los campesinos que intervinieron en este movimiento?*

E. M.: Lo que vi en Andalucía es que existe un movimiento todavía relativamente pequeño, pero que tiene posibilidades de extensión muy notables, dado que los líderes del movimiento son gente muy sensata, muy honrada, muy dedicada a su trabajo, muy sincera, en una palabra gente admirable, a la que no puedo comparar con líderes de otros sindicatos, porque no he conocido a los demás, pero que son excelentes en todos los aspectos. Y también he visto que sus seguidores, todavía no muy numerosos, son personas nada ignorantes, nada insensatos, conscientes tanto de la dificultad de su situación como de sus derechos humanos, gente que va a exigir que cambie su situación, pero que están dispuestos a esperar algo, mientras les den señales claras de que el Gobierno se preocupe activa y sinceramente de sus problemas.

Creo que la prensa ha planteado la cuestión un poco falsamente en torno a si hubo o no hubo ocupación de fincas. Nunca existió un plan de ocupar una finca más que en sentido simbólico. Incluso nadie pensaba intentar esta ocupación simbólica, si para hacerla tenía que chocar con la Guardia Civil. Es decir, que este movimiento fue completamente pacífico, y sus fines reales fueron sobre todo la toma de conciencia del campesinado andaluz, y atraer de nuevo el interés nacional hacia los problemas del campo andaluz. Con relación a estos fines, creo que ha supuesto un gran éxito el hecho de que los periódicos hayan hablado muchísimo durante la última semana de los problemas del campo andaluz, probablemente más de lo que lo han hecho desde los tiempos de la guerra civil española. También creo que la manifestación campesina ha servido para aumentar aún más la conciencia de los campesinos andaluces, que ya era relati-



«Es necesario un plan de reformas agrarias parciales y de mejoramiento total de Andalucía, para que ellos lleguen a ser ciudadanos de primer orden, y no ciudadanos de segunda clase como son ahora. Que dejen de ser el grupo más marginado de la región más marginada de España».
(Edward Maifakis, en la actualidad).

vamente elevada. En general, me parece que este movimiento fue una cosa buena y prometedora, si el Gobierno no lo toma como una amenaza, sino como una llamada de atención y empieza a trabajar más activamente en Andalucía, porque, pese a que ahora mismo, como digo, el ambiente no me parece que fuera revolucionario, si sigue el campesino andaluz en su estado de abandono y de miseria con respecto a otros sectores de la población española, dentro de relativamente poco tiempo —uno o dos años— algunos exaltados que ahora no tienen ningún arraigo, o por lo menos muy poco arraigo en el campo, a los que no les escucha nadie, van a empezar a tener seguidores. Entonces sí que habrá intentos de ocupación de fincas, que no van a ir acompañadas de publicidad, pero que los campesinos de algún lugar lo harán por la noche, en secreto, y después presentarán a la policía el problema de sacarles de la finca que han ocupado por la fuerza, y esto puede llevar al derramamiento de sangre y puede crear problemas políticos muy graves para el Estado.

En concreto, lo que dije en Bornos es que una

de las lecciones de la República fue que, para que exista una acción eficaz política y parlamentaria, debe estar acompañada por una política reivindicativa en los mismos campos. Que el Gobierno no debe pensar en los Sindicatos como en sus enemigos, sino como un aspecto fundamental del proceso de democratización. Que tanto los sindicatos como los campesinos tienen derecho a opinar y a manifestar sus opiniones, como la tienen los parlamentarios. Por estas razones, les dije que a mí me había impresionado lo que hacían, y que quería que por la otra parte, por parte del Gobierno y del Parlamento, se tomaran sus protestas en serio para hacer lo que se puede y debe hacer en Andalucía: un plan de reformas agrarias parciales y de mejoramiento total de la región (una especie de plan para el Mezzogiorno italiano), para que ellos lleguen a ser ciudadanos de primer orden, y no ciudadanos de segunda clase como son ahora. Que dejen de ser el grupo más marginado de la región más marginada de España.

(Declaraciones recogidas por María Rulpérez)